

La angustia, lo incurable, la función del objeto *a*

Ana Lúcia Falcão
Gertrudes Pastl
Manoel Ferreira

“(...) Una de las cosas que aprendí es que se debe vivir a pesar de. A pesar de, se debe comer. A pesar de, se debe amar. A pesar de, se debe morir. Incluso muchas veces es el propio “*a pesar de*” que nos empuja hacia adelante. Fue el “*a pesar de*” lo que me dio una angustia que, insatisfecha, fue la creadora de mi propia vida” Clarice Lispector ¹

Mucho se ha hablado sobre el lugar privilegiado que la angustia ocupa en la clínica. Angustiados nos procuran en los consultorios en la búsqueda de un tratamiento para lo que los aflige. En lo que a las manifestaciones de angustia respecta, circunscritas aquellas por el discurso médico, que hace de ellas un fenómeno a silenciar, la angustia se vuelve fácilmente objeto de medicación. Nada más lejano de la propuesta del psicoanálisis que, por el contrario, se interesa en escucharla.

La angustia, como todos los afectos, no se reprime. El afecto, desatado de sus significantes, queda a la deriva, enloqueciendo al *falasser*. Cuando este no dispone del recurso de lo Simbólico, lo Real emerge. Lo que constituye la angustia es el momento en el que alguna cosa, no importa el qué, viene a surgir en el lugar ocupado por el objeto causa del deseo. Para que el *falasser* pueda constituirse como deseante, es necesario que el objeto causa de su deseo falte. Surgirá la angustia, si ese objeto no viniera a faltar. En este caso él será lanzado en la inquietante extrañeza (*Unheimlich*).

Según Lacan (1962-63/ 2005, p. 101), “Ella [la angustia] no lo es sin objeto”. No se trata de un objeto cualquiera del mundo sensible, sino de un objeto inaprensible, no representable, del registro de lo Real; concebido como causa del deseo. Él puede identificarse bajo la forma de “fragmentos” parciales del cuerpo, reductibles a: el cíbalo (heces), el pezón, la voz y la mirada, en fin, el falo.

He aquí lo que se trata en *a*. Para Lacan, el objeto *a* precede al surgimiento del sujeto articulado al lugar del Otro. Es cuando un objeto da consistencia a la *a* que Lacan concibe la etiología de la angustia.

¹ *Uma aprendizagem ou o Livro dos Prazeres*. RJ: José Olympio, 1976, p. 23

La angustia, inherente al humano es señal de aquello que, del deseo y del gozo, se revela como extraño al yo. “*Unheimlich* es todo lo que debería haber permanecido secreto y oculto, pero vino a la luz” (Freud, 1919, p. 282).

La clínica psicoanalítica con niños presenta muchos retos. El niño viene a ocupar un lugar marcado por el deseo parental. El niño se aliena al deseo del Otro con el cual se identifica para que poco a poco salir de este lugar.

Al mismo tiempo, una cuestión presentada actualmente en los análisis es, por ejemplo, la anticipación de una posición sexual de los niños, antes incluso de ser vividos diversos juegos sexuales con las variadas posiciones. Es como si este hecho demostrase la inhibición de los padres de “colocar los deseos y el Imaginario de los mismos”. Posición denegatoria que termina suponiendo un niño autómatas, engendrándose a sí mismo. O aun, todo en ella pasa a ser signo, como, por ejemplo, de un niño que juega con el zapato de la madre y pasa a ser considerado homosexual. De esta forma, el niño queda entregado solo a sí mismo: como una hoja en blanco sin una historia anterior.

Suponemos que los padres, al intentar eximirse del propio deseo, terminan pidiendo dimisión de parcela de su función. Para no interferir en nada, en las “elecciones” del niño, para no que no se los considere autoritarios, se recogen de sus posiciones. ¿Qué efecto tendría este síntoma en nuestra clínica? ¿Será que el psicoanálisis sería interpretado como una interferencia más en los destinos del *fallasser*?

Lacan, en “Dos notas sobre el niño” (1969), dirigidas a Jenny Aubry, indica que el niño responde a lo que existe de sintomático en la estructura familiar, pudiéndose posicionar en dos vertientes: o el niño responde a lo que existe de sintomático en la estructura familiar, siendo su síntoma, la verdad del deseo de los padres; o el síntoma corresponde a la subjetividad de la madre, tomada como correlativo de un fantasma en el cual apenas se presta a obturar la falta. En este caso, ella realiza la presencia del objeto *a* en el fantasma.

Safouan destaca la elaboración postulada por Lacan, que consigue que el analista deje de colocarse en la posición de maestro de un discurso elocuente. El psicoanalista sigue una referencia más asociada a Sócrates, filósofo que planteaba cuestiones a partir de las afirmaciones. Sería una contradicción si el psicoanalista se aproximara a un saber aprisionador que dejase al *fallasser*, todavía más sometido a los significantes del Otro. El psicoanalista debe situarse como *semblant* del objeto *a*. Nada más de sugestión ni hipnosis, nada de persuasión o convencimiento, el analista se borra como deseante para favorecer la articulación del analizante. Él (el psicoanalista) es vaciado, mero “contorno” a ser relleno. Debe, por lo tanto, favorecer las interrogaciones a

partir de las afirmaciones del analizante y de las frases del súper-ego, siendo, en fin, la interpretación del propio analizante. Él (el psicoanalista) debe fomentar un movimiento posible de las fijaciones en el destino del *façasser*.

La intervención clínica a niños puede transcurrir interpretando la posición del niño en el síntoma de los padres y, en otra vertiente, en las cuestiones fantasmáticas familiares, si hubiere interés en la verdad del deseo del sujeto y se apostara en el sujeto a advenir.

Bibliografía

Freud, Sigmund. O Estranho 1919. Volume XVII. *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud*. RJ: Imago, 1976

Lacan, Jacques. *Seminário X 1962-1963 a Angústia*. RJ:Zahar, 2005

_____ Dúas notas sobre a criança (1969) in *Opção Lacaniana Revista Brasileira Internacional de Psicanálise*, nº 21. Abril de 1998

Lispector, Clarice. *Uma aprendizagem ou o livro dos prazeres*. RJ: José Olympio, 1976